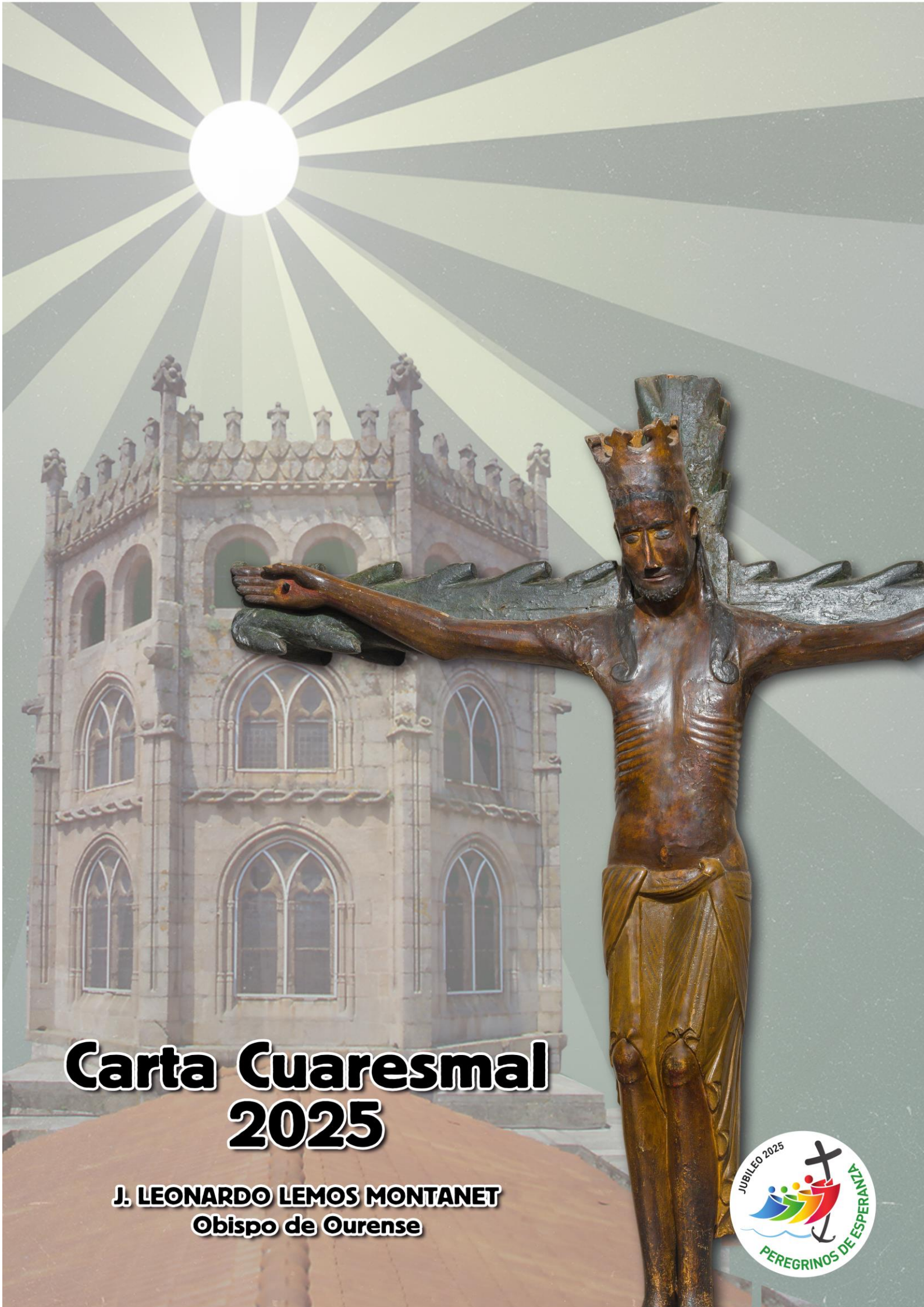




Carta Cuaresmal 2025

J. LEONARDO LEMOS MONTANET
Obispo de Ourense



Carta Cuaresmal, 2025

Dentro de los tiempos litúrgicos que nos ofrece la Madre Iglesia para nuestra formación y conversión se encuentra la Cuaresma. Este año estamos llamados a vivirla con una serie de connotaciones especiales propias del momento. Por una parte, debemos enmarcarla dentro del Año Santo Jubilar Ordinario 2025; por otra, toda la Iglesia se encuentra unida en oración por el Papa, en estos momentos un tanto difíciles para esta gran Familia, porque los que hemos vivido la experiencia de haber acompañado a nuestros padres ancianos en los momentos de enfermedad, sabemos que son vividos con especial intensidad, por ello como hijos e hijas de la Iglesia nos sentimos llamados a acompañar al Santo Padre con nuestro cariño hecho oración para que el buen Dios y la que es Socorro de los enfermos le ayuden en estos momentos de enfermedad y le devuelva la salud. Las dos circunstancias antes mencionadas deben estar presentes de una o de otra manera en la programación tanto personal como comunitaria de esta primera etapa cuaresmal. Tampoco conviene olvidar que en nuestra Diócesis estamos inmersos en el proceso de sensibilización y reflexión para, desde la “conversación en el Espíritu” a la que nos invita el Papa y el *Documento conclusivo del Sínodo de los Obispos (2024)*, dejemos que nuestros corazones se abran al querer de Dios, alejemos de nosotros esos criterios individualistas o autorreferenciales para poder discernir cuál deben ser la reestructuración constitutiva de las *Unidades de atención Parroquial (UaPs)* de la geografía diocesana con la finalidad de poder realizar una pastoral más orgánica y humana; este proyecto pastoral en el que todos estamos implicados pide de todos: pastores, miembros de la vida consagrada y fieles laicos una profunda **conversión personal** para que así podamos lograr esa **conversión pastoral** en la línea que nos marcó el *Documento final del Sínodo* sobre la sinodalidad y en las reflexiones llevadas a cabo en nuestro *Sínodo Diocesano*.

Sabemos bien que el tiempo de Cuaresma se despliega, delante de nosotros, en dos aspectos que marca nuestro camino hacia la Pascua: desde el Miércoles de Ceniza hasta la Misa en la Cena del Señor, en el Jueves Santo, ambos inclusive, momento en el que da comienzo el Santo Triduo. Y desde este momento – en el atardecer el Jueves Santo - hasta la celebración solemne de la Vigilia Pascual, el día 19 de abril. El mayor acontecimiento litúrgico del año cristiano y de la vida de la Iglesia. En

realidad se trata de un recorrido espiritual de cuarenta días recordando el tiempo que Jesús pasa en el desierto antes de iniciar su “vida pública” y, también, de los cuarenta años que el Pueblo de Israel pasó por el desierto después de haber sido liberado de la esclavitud de los egipcios. De igual modo, también nosotros como “peregrinos de esperanza” caminamos hacia la celebración de la Pascua con el gozo de habernos purificado, para celebrar así los acontecimientos de salvación que nos han dada una nueva vida en Cristo. Es bueno que nos recordemos y lo hagamos también a nuestros fieles las normas establecidas para el ayuno y la abstinencia, explicándoles, además, el auténtico sentido de las mismas.

Este año, como viene siendo habitual, en la celebración del Miércoles de Ceniza se proclamará el Evangelio de san Mateo (6,1-6.16-18), en él se nos ofrecerán las “armas” con las que debemos pertrecharnos para luchar en el “combate cuaresmal”: **oración, ayuno y limosna**, y así llevar a cabo nuestra conversión teniendo en cuenta las tres dimensiones que configuran nuestra vida como personas: la relación con Dios, con uno mismo y con los otros, los hermanos, de manera especial los más necesitados.

No nos olvidemos que cuando cuidamos e intensificamos **la oración**, ésta nos ayuda a centrarnos más en Dios y hacer que toda nuestra vida gire en torno a ese gran proceso que consiste en ir descubriendo poco a poco el querer de Dios, su voluntad, sobre nuestra propia persona y sus circunstancias. El **ayuno** nos hace salir de nosotros mismos, de nuestra autoreferencialidad, de tal modo que así podamos abrir nuestro corazón hacia los otros y dejar que la ternura forme parte de nuestras acciones de tal modo que con esta austeridad de vida nos sintamos más libres de seguir al Señor dejando aparte todo aquello que nos impide ser fieles al proyecto de santidad trazado desde el Bautismo sobre cada uno de nosotros. Por su parte, la **limosna**, que no sólo consiste en compartir nuestro dinero con los demás, especialmente con los necesitados, sino que supone una mayor apertura de nuestra existencia para que sepamos descubrir que también nuestras cosas y nuestro tiempo, así como las cualidades y posibilidades que poseemos y que conforman nuestra vida cotidiana, también puede ser un reclamo que nos ayude a descubrirlas como objeto de donación y entrega a los demás. Recordemos el deseo que la Iglesia en España ha establecido para este Año Santo: atender a la “trata de mujeres”, y, de

manera especial, podemos intensificarlo en el tiempo cuaresmal, de tal modo que nuestros ayunos y abstinencias deben tener un auténtico sentido cristiano. No se trata de ayunar o abstenernos sin más, como si fuese consecuencia de un plan proyectado por un experto nutricionista; para un cristiano el sentido de nuestras privaciones ascéticas siempre están orientadas a salir de nosotros mismos, de nuestros intereses, egoísmos, comodidades y gastos superfluos para transformarse en una ayuda efectiva para los demás, de manera especial los necesitados, los más vulnerables y, en este año, como ya he dicho, colaborar con el programa de Cáritas a favor de las mujeres objeto de trata.

Además de ser fieles, en la medida de nuestras posibilidades, a estas tres formas clásicas de vivir la Cuaresma: **oración, ayuno y limosna**, en el *Mensaje del Santo Padre para la Cuaresma 2025*, que ya había firmado el pasado 6 de febrero de este año, días antes de su ingreso en la clínica, se nos ofrecen otras “armas” para nuestra lucha cuaresmal en este Año Santo.

Recordando la peregrinación del Pueblo de Israel por el desierto, camino de la tierra de la promesa, el Papa nos invita a que durante este año jubilar realicemos nuestro camino cuaresmal pensando en tantos hermanos que como consecuencia de la miseria, de la violencia, o buscando una vida mejor tanto para ellos como para sus seres queridos se han puesto en camino hacia tierras lejanas, lo han hecho como unos nuevos peregrinos de esperanza en una vida mejor. Ante este hecho no podemos sentirnos al margen ni dejarnos llevar de sentimientos negativos contra aquellos que procedentes de otras tierras han llegado hasta nosotros e incluso ya forman parte de nuestras comunidades parroquiales. Ante esta realidad que nos afecta, directamente, también a nosotros, el Papa nos plantea: *Sería un buen ejercicio cuaresmal **confrontarse con la realidad concreta de algún inmigrante o peregrino**, dejando que nos interpele, para descubrir lo que Dios nos pide, para ser mejores caminantes hacia la casa del Padre. Este es un buen “examen” para el viandante.* No podemos dejarnos llevar por sentimientos de rechazo y de exclusión contra aquellos que vienen a nosotros y no han nacido en nuestras tierras. Es bueno que nos preocupemos por acogerlos, acompañarlos y ayudarlos; si abrimos nuestro corazón nos daremos cuenta de que tienen mucho que aportar, incluso en la manera de vivir nuestra fe.

Después de este primer consejo, el Papa nos invita a que descubramos que *la vocación de la Iglesia es **caminar juntos**, ser sinodales*. Los hijos de la Iglesia debemos de redescubrir constantemente que estamos *llamados a hacer camino juntos, nunca como viajeros solitarios (...) este caminar juntos significa ser artesanos de unidad, partiendo de la dignidad común de hijos de Dios*. Os invito a que no ofendamos a nadie, con nuestros comentarios, por ser extranjeros, emigrantes, o de otro color. Seamos delicados y no excluyamos a nadie. No nos olvidemos de lo que nos recuerda la Escritura: *Todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús. En efecto, todos los bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo: ya no hay judío ni griego, ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús* (Ga 3, 26-28).

El tercer consejo que nos da el Papa para esta cuaresma es que este camino que debemos recorrer juntos debemos realizarlo anclados a la **esperanza** que no defrauda. El ser humano necesita la certeza de saber que *ni muerte ni vida ni ángeles ni principados ni presente ni futuro ni potencias ni altura ni profundidad ni criatura alguna podrá apartarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor Nuestro* (Rm 8, 38-39). Porque es precisamente este Cristo, el Crucificado-Resucitado, nuestro Señor y nuestra Esperanza aquel que vive y reina glorioso en esa Pascua eterna. Esta es la invitación que nos hace el Papa, una vez más, a abrir nuestra existencia a la esperanza, a la confianza en Dios y en su gran promesa que es la vida eterna, porque *la alegría del Evangelio llena el corazón y la vida eterna de los que se encuentran con Jesús (Evangelii gaudium, 1)*. Que en nuestro camino cuaresmal, nos encontremos con Aquel que es nuestra esperanza y cuyo rostro se nos manifiesta en su Palabra, en sus sacramentos – especialmente en la Eucaristía – y en los hermanos más necesitados.

Os recomiendo que a lo largo de esta Cuaresma os pongáis en camino, peregrinando juntos, hasta alguno de los templos o lugares jubilaes de nuestra Diócesis y ruego al Buen Dios que allí logréis experimentar la alegría propia del acontecimiento jubilar. A los sacerdotes os ruego que no os olvidéis de ofrecer a los fieles un horario adecuado para atender las confesiones con paz y, en la medida de vuestras posibilidades, realizad alguna *Celebración comunitaria de la Penitencia*, buscando a sacerdotes

que os ayuden y se pueda ofrecer a los fieles un tiempo para la confesión personal. La relación entre la celebración de la Penitencia y el Bautismo es un elemento a destacar en las predicaciones y catequesis durante este tiempo litúrgico tan significativo.

La Cuaresma no tienen sentido en sí misma sino que lo tiene en cuanto que esa es una peregrinación hacia la celebración del Misterio Pascual, que es el acontecimiento central de la vida cristiana, misterio que da sentido tanto a nuestras luchas personales como nuestro caminar juntos como peregrinos de esperanza en un cielo nuevo y en una tierra nueva que es la Pascua eterna.

Con afecto os bendice y se encomienda a vuestras oraciones.

✠ J. Leonardo Lemos Montanet
Bispo de Ourense